

Tareas pecuarias y producción de valor en la campaña bonaerense en la primera parte del siglo XIX. Implicancias teóricas y empíricas

Juan Gabriel Flores¹

Resumen: El presente artículo tiene por finalidad abordar las tareas del ciclo ganadero de la producción en las estancias de Buenos Aires, observando su capacidad productora de valor. Sus ejecutores no serían otros que los productores directos de la campaña: peones y esclavos. La consideración de estos productores directos como productores de valor posee enormes implicancias teóricas para la comprensión de distintos elementos de la producción: la inversión del hacendado y la medición del peso relativo de cada rubro de la mano de obra.

Palabras clave: Tareas pecuarias; Producción de valor; Inversión

Tarefas pecuárias e produção de valor na campinha de Buenos Aires durante a primeira parte do século XIX. Implicações teóricas e empíricas

Resumo: Este artigo tem por finalidade a abordagem das tarefas do ciclo pecuário da produção nas “estâncias” de Buenos Aires, observando sua capacidade produtora de valor. Seus executores seriam os produtores diretos da campinha: peões e escravos. A consideração destes produtores diretos como produtores de valor, possui implicações para a compreensão de diferentes elementos da produção: o investimento do fazendeiro como a medição do peso relativo de cada tipo da mão de obra.

Palavras-chave: Tarefas pecuárias; Produção de valor; Investimento

Cattle tasks and production of value in the Buenos Aires' countryside during the first part of the XIX century. Theoretical and empirical implications.

Abstract: In this article, the author makes an approach to cattle's tasks in the estancias of Buenos Aires and observes its ability to produce value. Its performers were the direct producers of the estancias: day laborers (“peones”) and slaves. The consideration of these direct producers as producers of value, has important empirical and theoretical implications for our understanding of different elements of the rural production: the inversions of the landowner and the measures of the relative importance of each type of labor force.

Keywords: Cattle tasks; Production of value; Inversion

¹ Licenciado en Historia, Universidad de Buenos Aires – Centro de Estudios e Investigaciones en Ciencias Sociales, Tema: Las relaciones sociales de producción en la campaña de Buenos Aires, Salcedo 2654, Ciudad de Buenos Aires. E-mail: juan.g.flores2014@gmail.com



Artigo recebido em: 27/04/2016

Artigo aprovado para publicação em: 07/03/2017

¿Qué le otorga *valor* a las cosas? ¿Por qué una mercancía posee valor? ¿Por qué se intercambian en un mercado por dinero u otras mercancías? Dichas preguntas constituyeron el núcleo de la gran producción bibliográfica de los siglos XVIII y XIX que la por entonces naciente disciplina económica política legaba al conocimiento social. Ella ha apuntado una noción ineludible para cualquier estudio histórico y económico que se precie de serlo: la teoría del valor-trabajo. La misma fue redefinida por Karl Marx, introduciendo una teoría científica que demostraba la existencia de una organización social que producía un excedente apropiado de forma desigual. Unas décadas después fue renegada por la ortodoxia y el marginalismo, que dominaron las ciencias económicas con una visión subjetivista de las fuerzas del mercado. Sin embargo, como consecuencia de su fuerte capacidad explicativa, la teoría objetivista no ha perdido relevancia. Y ello puede ser demostrado con casos concretos.

En efecto, allí donde podamos observar ciclos de producción de mercancías que se compran-venden ó que son tasadas por un valor determinado, resulta difícil eludir la pregunta: ¿por qué dichas mercancías portan *valor*? ¿Cuál es el contenido específico y el motor de creación de eso que se nos aparece como *valor*? Lejos de responder estos problemas exclusivamente en forma teórica, en el presente artículo demostraremos cómo tareas concretas del siglo XVIII y XIX poseen la particularidad de crear valor, siendo sus ejecutores –los productores directos- el motor creador de dicha sustancia.

1. La teoría del valor y sus consecuencias

Los economistas clásicos indagaron la economía capitalista en desarrollo intentando hallar el origen y utilización del excedente, y procurando comprender la dinámica del sistema capitalista que se les presentaba ante sus ojos como un sistema productivo que se reproducía incrementando la producción total de mercancías. (SMITH, 1958; RICARDO, 2010; DOBB, 2004) La economía clásica dio así una explicación que fue al punto de comprender el valor como valor de cambio: las mercancías se intercambian según la cantidad de trabajo que portan consigo. De ese modo, para Adam Smith, la mercancía posee un valor por el esfuerzo humano invertido



en su producción, pero el trabajo como patrón de intercambio resulta invariable. Así, la mercancía atraía una cantidad de valor como producto del trabajo (labour commanded). (SMITH, 1958)

Sin embargo, con ello no pudo explicarse el carácter de reproducción ampliada de los productores capitalistas. La incógnita radicaba entonces en la pregunta del origen de la ganancia. Smith apuntó sobre una composición del valor de la mercancía en los factores Salario, Ganancia y Renta (S + G + R), aunque no lograba explicar de dónde surgía el valor de cada factor, ni cómo lograba producirse la ganancia al final del ciclo productivo. (MARX, 1980) En los hechos, la economía clásica explicaba el origen de un valor por la equivalencia con otro valor. David Ricardo no cambió demasiado la ecuación cuando reemplazó el labour commanded por el “trabajo incorporado” (directo ó vivo e indirecto o muerto), pues intentando encontrar un valor al trabajo como sustancia misma, volvió sobre una pregunta inconducente (qué es lo que da valor al trabajo). De todos modos, el mérito de Ricardo fue concebir que el valor se incorporaba en la mercancía mediante el proceso de trabajo humano allí desarrollado.

La crítica de Marx a la economía clásica contempló la diferencia entre el trabajo abstracto y trabajo concreto, demostrando que las horas de trabajo abstracto socialmente necesarias para la producción de mercancías regían el monto de valor, en el contexto de un mercado capitalista. Ese valor regiría a su vez las redes mercantiles, por lo que las mercancías se intercambian por sus equivalentes. Así, el trabajo sería aquí finalmente el motor originario de la producción de valor.

¿Y qué valor tendría el salario si el trabajo en sí no posee valor, sino que lo crea? El salario paga el costo de reproducción de la mercancía fuerza de trabajo, una mercancía diferenciada que crea valor y ya no sólo valores de uso. Una mercancía diferenciada establecida como el consumo de energía e inteligencia para la realización de una labor. Como todas las mercancías, la mercancía “fuerza de trabajo” poseía un costo establecido según las condiciones sociales para su reproducción. Sin embargo, dicha fuerza de trabajo producía valor por encima de ese costo, generando un nuevo plusvalor en el ciclo productivo. Marx resumió entonces la fórmula de valor como

$$\text{Valor} = C + V + P$$



De este modo, la vía de transferencia de riquezas en este contexto era puramente económica. (MARX, 2000) La explotación entre clases adquiriría así otra modalidad. Aquí el valor de las mercancías se intrincaba inexorablemente con el proceso de producción y las relaciones de los sujetos que lo constituían. El trabajo excedente y el trabajo necesario para la producción y reproducción de la mercancía fuerza de trabajo se desarrollaban en la misma jornada laboral cuando se creaba valor.

Por supuesto que ha habido otras explicaciones que buscaron comprender el funcionamiento de la sociedad capitalista, desde una perspectiva crítica al marxismo y a la teoría del valor-trabajo objetivo. Su derrotero, sin embargo, resultó fútil para el desarrollo de la ciencia histórica y las ciencias sociales en general. En efecto, encontramos aquí la teoría subjetiva del valor, que dio vida al marginalismo, la base de la teoría neoclásica de la economía. (GUERRERO, 2008) La misma abandonaba la concepción de que el valor se hallaba objetivamente en las mercancías para comenzar a postular un mundo donde los precios de los bienes se encontraban determinados por las concepciones de los sujetos que intervenían en el mercado. El precio se hallaba de ese modo formado por el encuentro equilibrado entre la oferta y la demanda, equilibrio que era fruto de una mano invisible que orientaba las fuerzas mercantiles. Se implementaron así numerosas formas técnicas y computarizadas de calcular los factores del mercado, postulando mercados perfectos con intereses armónicos y optimización de la realización de los agentes económicos. (SHAIKH, 2006, p. 108) En efecto, el marginalismo comenzaba a fundarse en la concepción de la utilidad, como forma estimada de satisfacción por el consumo (para la demanda) ó producción y venta de una mercancía (para la oferta). Esta concepción basaba así la existencia del mercado en las concepciones subjetivas de los individuos y sus necesidades. (MENGER, 1985) El punto de “equilibrio general” garantizaría así la felicidad mercantil. Las mercancías, por otra parte, ya no se destacaban por portar una sustancia cuantificable: sus características principales serían, en cambio, “su escasez” ó ser objeto de oferta y demanda, apropiadas o productos de la naturaleza. Es decir, las mercancías se distinguirían por ser portadoras de “valor de uso”. (BÖHM BAVERK, 1974; GUERRERO, 2008, p. 90)

Del mismo modo, la producción y venta de una mercancía encontraría en el mercado su punto de realización como resultado lógico de poder aspirar a la mayor satisfacción sobre bienes escasos. El rechazo por la teoría marxista, invertida por una



teoría subjetiva del trabajo, llevó a postular nuevamente la idea según la cual, en las mercancías se integraba la combinación cooperativa de factores retribuidos (trabajo y capital, retribuidos por salario y ganancia), esta vez como lo postularan décadas antes Malthus y Senior. La teoría de la retribución de los factores cosificaba de este modo toda actividad laboral humana, reduciendo el proceso de trabajo a una mera relación entre insumos y productos. Cada individuo de la sociedad disponía de un factor de producción (capital, en el sentido neoclásico, y trabajo) según una dotación inicial de factores (usualmente atribuida a la capacidad individual de los sujetos). Como cada sujeto posee su factor, dispone libremente de él, en la forma en que escoja, lo cual determina la ausencia absoluta de la explotación del trabajo. (SHAIKH, 2006, p. 54-55) El Salario y las Ganancias serían así los elementos constitutivos de la producción de la mercancía. El burgués entonces recibía una ganancia por el mérito de ahorrar y afrontar el costo de oportunidad de colocar una inversión en la producción. (GUERRERO, 2008, p. 87)

Esta expresión económica implicó –como se puede apreciar- un giro y retroceso respecto de la teoría marxista de clase y explotación. En términos históricos, la teoría subjetiva del valor planteó sujetos individuales ahistóricamente mercantiles, es decir, entidades modernas que se comportaban racionalmente orientados al mercado desde los orígenes de la historia. La sumatoria de los comportamientos individuales –condensado en complejas curvas agregadas- produciría los comportamientos sociales. Es decir, la voluntad de los sujetos colectivos no sería sino la expresión de las decisiones racionales de cada una de sus partes como individualidad. La ahistoricidad, por otra parte, derivó en una concepción del capitalismo como una mera forma mercantil. Todo espacio social donde se desarrollara el mercado, daría lugar al sujeto racional que aspiraría a la satisfacción de sus necesidades. Las debilidades de esta forma de percibir el conocimiento histórico se hallan a la vista: una escasa comprensión de las formas históricas y una reduccionista explicación de sus comportamientos han impregnado vastos estudios, aún cuando fueran eruditamente documentados.

En la obra de Marx, sin embargo, la producción de un excedente –que adquiriera o no la forma de valor- resultó compatible con la diferenciación entre organizaciones sociales específicas (modos de producción). Para Marx, toda sociedad humana se caracterizaba por la producción de su propia vida material en base al trabajo. El hombre



había sido la única especie capaz de enfrentarse a la naturaleza, con el objetivo de transformarla. De ese modo, el trabajo era para Marx la actividad que caracterizaba a la especie, en tanto trabajo manual e intelectual. El trabajo humano así se había convertido en la base de toda división social, dando nacimiento a las clases sociales. (MARX, 1939, p. 73-74) Los productores directos habían creado un trabajo excedente por sobre el trabajo necesario para su propia reproducción. Otras clases se han apropiado de dicho plustrabajo, basando en él su sostén material como clases explotadoras:

(...) La división del trabajo comporta que se distribuyan de manera desigual –tanto cuantitativa como cualitativamente– el trabajo y sus productos: la propiedad. Esta última –como la división del trabajo cuya consecuencia es– ya tiene su germen, su primera forma en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud –cierto que todavía rudimentaria y en estado latente– en el seno de la familia es la primera forma de la propiedad: forma que ya satisface en un todo a la definición que de la propiedad dan los economistas modernos: la de ser la facultad de disponer del trabajo ajeno. A la luz de tal definición échase de ver que no andamos descaminados al reducir una misma raíz los conceptos de división, del trabajo y de propiedad. Ambos implican igualmente que un individuo cualquiera puede disponer el trabajo de otro u otros; con la sola diferencia que el segundo implica que el individuo de marras puede disponer, no tanto del trabajo ajeno, cuanto de sus productos (...). (MARX, 1939, p. 43-44)

Como vemos a través de este fragmento, quiénes generan y quiénes se apropian de ese trabajo, según las delimitaciones de la propiedad, así como la modalidad que dicha transferencia de riqueza adquiere, define el carácter de las relaciones a las que se someten los sujetos que constituyen la sociedad en un grado determinado del desarrollo de las fuerzas productivas. “Explotación del trabajo” refiere entonces a la extracción del trabajo excedente sobre la que se funda una sociedad de clases. (SHAIKH, 2006, p. 42) Allí donde hay producción de valor, hay para Marx, clases sociales, y por ende, transferencias de plustrabajo.

En definitiva, la concepción según la cual el trabajo humano crea valor se halla atada a una comprensión de la producción como un campo de desenvolvimiento de las clases sociales, en el cual se definen las determinaciones materiales de los sujetos. Es por eso que un estudio de la producción de valor en el ciclo productivo repercute en las múltiples dimensiones que hacen a los estudios de la producción en general. En este caso, abordaremos las tareas pecuarias para observar cómo funciona allí la creación de valor, para luego realizar algunos señalamientos para los estudios agrarios de los siglos XVIII y XIX.



2. Tareas pecuarias de una estancia del siglo XVIII-XIX

Un análisis de las tareas pecuarias de una estancia del siglo XVIII nos puede ayudar a observar cómo la tarea pecuaria ejecutada por productores directos –peones y esclavos- porta la cualidad de ser creadora de valor. ¿Qué confiere valor a las mercancías agrarias, ya sean las mercancía finales como las unidades de ganado nacidas dentro de la estancia? Según nuestra hipótesis, el trabajo humano. En este punto, nuestro trabajo traza una diferencia metodológica con las investigaciones vigentes. ¿Cuáles son las tareas que producen valor al ser desarrolladas por el trabajo humano? Para revisarlo, abordaremos algunas de las tareas fundamentales del ciclo agrícola-ganadero. Para ello tomaremos algunas fuentes cualitativas como las memorias de William Mac Cann de 1845 (MAC CANN, 1985) y las Instrucciones de Juan Manuel de Rosas de 1825 (ROSAS, 2009). Aunque relativamente tardías, son fundamentales dado que expresan las tareas del ciclo ganadero con un alto grado de atención al detalle, en un contexto material, donde las pocas –pero no menos importantes- innovaciones no transformaban significativamente el proceso de trabajo.²

2.1 Tareas estacionarias pecuarias

En primer lugar, debemos mencionar la parición de las vacas, que se realizaba entre los meses de mayo y septiembre, sin demasiado recurso de la mano de obra, más que la vigilancia y el control del ganado en proceso de reproducción. La parición de ganado y la yerra eran dos fases del ciclo ganadero intrínsecamente vinculadas que incidían sobre el ciclo de valorización del ganado, es decir, un ciclo del que resultaba ganado nuevo (aunque no fuera mercancía final) y ganado vendido en el Abasto de Buenos Aires.

² El balde volcador resultó fundamental en la década de 1820 para valorizar territorios sin acceso a aguadas. Sin embargo, no transformó sustancialmente las tareas de la yerra, la castración o la faena. El alambrado, por otra parte, se generaliza para la segunda parte del siglo XIX. (HALPERIN DONGHI, 2005, p. 32; SBARRA, 1964) Aun así, las estancias tenían corrales de ñandubay durante la primera mitad de dicha centuria, útiles –según Mac Cann- para conservar el ganado por las noches. (MC CANN, 1845, p. 206) Según Mayo, más del 70% de los inventarios analizados manifiestan tener un corral. (MAYO, 2004, p. 42) De todos modos, ello no altera el tipo de ganadería extensiva, como se verá con la utilización del amplio espacio de la estancia para “parar rodeo” –en lugares más específicos- y pastar. De este modo, el desarrollo alcanzado por el proceso de trabajo se mantiene relativamente estable sin cambios.



A este ciclo reproductivo ampliado era imprescindible agregar el trabajo humano para ordenarlo y sentarlo como objeto de propiedad y valor, en tanto ganado destinado a ser criado en la estancia. Según Mc Cann, la parición era en los meses de agosto, septiembre y octubre y la marcación entre marzo y abril. Sin embargo, la generalidad de las estancias marcaba el ganado entre mediados del invierno y fines de la primavera, variando entre agosto, septiembre, octubre y diciembre. Según Garavaglia, la parición y la yerra se relacionan entre sí de forma directa en términos temporales: si una se atrasaba, la otra también. (1999, p. 210)

El momento de la parición requería tan sólo del extremo cuidado y vigilancia del peón recogedor, así como una extrema atención a la situación de las vacas preñadas. Si las vacas estaban en proceso de parición, no debían arrear al rodeo. Por el contrario, la vaca podía parir a lo largo de la hacienda. Sólo luego, se aplicaba el trabajo humano más directo, cuando fuera el tiempo preciso para sentar el derecho de propiedad sobre el ganado. Para esta fase, Rosas distinguía en sus *Instrucciones*, el acto de señalar y el acto de marcar. Es decir, una vez “endurecido” el ternero, el mismo debía ser “señalado”:

(...) los terneros se señalarán cortándoles a la mitad la oreja del lado de enlazar y volteándoles la del montar. La volteada de la oreja debe ser con mucho cuidado a fin de que no quede pendiente de poco cuero, porque si queda así, después se la cortan al rascarse los animales. (...). (ROSAS, 2009, p. 68)

La marca, en cambio, se producía un año después de las pariciones. En sus notas, William Mac Cann dejaba una breve y prístina descripción del acto de la marcación:

En la época de la marca, el ganado es reunido durante el día en el rodeo, y unos pocos animales mansos, tales como bueyes de trabajo o vacas lecheras, son ubicados a unos 200 metros de distancia; tres hombres de a caballo son destinados entonces a mantenerlos juntos en el rodeo, y otros dos son enviados a cuidar los animales mansos; otros jinetes, en grupos de tres o cuatro, comienzan a sacar los animales a la velocidad que den sus caballos. Esta operación continúa hasta que se ha obtenido la cantidad deseada, y entonces se los lleva al corral, sirviendo de guía los animales mansos; allí se enlaza a los terneros [por las astas] y se los marca con el hierro al rojo. Terminada la operación, los terneros quedan encerrados en el corral, toda la noche, para descansar; a la mañana siguiente se reúne a los animales en el rodeo, y se saca los terneros del corral para que se incorporen al rebaño. (MC CANN, 1985, p. 208)



Asimismo, Juan Manuel de Rosas dejó en sus *Instrucciones* un claro ejemplo de una marcación en forma prescripta, sentando los pasos necesarios de la tarea y el conocimiento técnico necesario para aplicarlo, mucho del cual lo daba ya por sentado:

Deben hacerse una vez al año. Al marcar debe cuidarse que la marca quede bien y parejo y de ningún modo se dejará animal mal quemado. La marca, todo animal la llevará en el lado de montar. La oreja volteada debe ser la del lado de montar y la del enlazar, reyuna [...] El marcador debe ser uno, destinado tan sólo para recibir el hierro y marcar, y de ningún modo andará la marca en varias manos [...]. El señalador debe ser también uno y si uno es poco, se pondrán dos, pero de ningún modo habrá más que los precisos y si uno solo da abasto, es mucho mejor que ande uno y no dos [...] Sobre el orden en los demás pormenores necesarios de observarse en una marcación, me excuso hablar, porque ya son bien sabidos, y porque la necesidad de su observación es tan conocida como precisa. (ROSAS, 2009, p. 68-69)

Es así que según Diego de Alvear, con una cantidad de doce peones podrían marcarse alrededor de doce vacunos, aunque no señalaba un tiempo aproximado de trabajo. (MAYO, 2004, p. 125) Por otro lado, para Rosas, la marcación se realizaba al mismo tiempo que la castración de los machos, una tarea necesaria para ordenar el ciclo reproductivo del stock ganadero. Un exceso de stock sería siempre difícil de administrar, viéndose cualquier estancia obligada a entrar en una fase de liquidación o fraccionamiento de su escala. Es evidente que don Juan Manuel ordenaba marcar sus ganados en el período más cercano al invierno, dado que siempre es más riesgoso castrar en primavera, cuando el calor comienza a pegar en el cuerpo de los animales. En la administración de Rosas, la misma era realizada sobre un 80% de todos los animales que se marcaran, apartando un 20% de unidades (los machos “cojudos”) para destinarlos a sementales:

Lo mejor, creo, será apartar los toros más aparentes y marcarlos; para esto, lo que se hace es tantear la marcación, que ya debe poco mas o menos saberse por las tarjas de la señalada, y con concepto a esto se hace el aparte y la marcación de los toros y se los largarán en el rodeo. En seguida se procederá a marcar y capar todo lo que queda en el rodeo. Para capar los toros se les pegará el tajo de abajo, cosa que puedan desangrar bien. De ningún modo se les pegarán los tajos atravesados. En defecto del tajo en la punta, se les cortará más bien la puntita de las bolsas, pero el tajo en la punta es mejor. (ROSAS, 2009, p. 69-70)

Estas tareas tan fundamentales del ciclo ganadero podrían variar según la organización temporal del ciclo productivo, pero tendían a concentrarse entre mediados de invierno hasta fines de la primavera, habiendo transcurrido un año de vida del



ganado en cuestión. Allí se marcaba todo el ganado nacido en el año anterior. En definitiva, los días de yerra podrían variar, según la cantidad de ganado a marcar.

En resumen, ¿para qué servía la yerra? La yerra era una de las tareas más fundamentales en el ciclo de valorización del ganado. El trabajo humano ordenaba y sentaba la propiedad del medio de producción, confiriéndole valor como tal, y valor potencial como mercancía final. La marcación y el señalamiento eran dos actividades que sentaban la posibilidad de apropiación de ganado de una forma ordenada, en un contexto de ausencia de alambrado y otras innovaciones.

Por último, como señalamos renglones arriba, la castración se realizaba preferentemente en invierno, es decir, en las épocas más frías del año. De este modo, se evitaban enfermedades o infecciones en las heridas de los animales. La castración no era una tarea más: por el contrario, aquí el trabajo humano incidía sobre el desenvolvimiento del orden natural del ganado, manteniendo un férreo control sobre su reproducción. Una cantidad de ganado exorbitante en las condiciones materiales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, no confería valor por sí mismo. La falta de una meticulosa y vigilada castración incluso alentaría la dispersión de las estancias, pudiendo alzarse el grueso del ganado y posibilitando la huida de la unidad productiva. Ello redundaría en una baja general del valor del ganado por su falta de refinamiento y calidad general para el abasto de Buenos Aires. De este modo, posibilitaba una convivencia regulada dentro de la estancia. La capacidad de regular estas relaciones se hallaba mediada por la incorporación de trabajo humano.

Otra tarea estacionaria era la recogida de ganado, para el caso en que los ganados se hallaran dispersos, alzados u orejanos. El objetivo de esta tarea era evitar la dispersión del ganado:

Si de la inspección resulta haber animales, éstos se apartarán y se irán juntando en un pastoreo hasta que yo determine del destino que debe dársele al dicho pastoreo. Al apartar, debe cuidarse de que las vacas estén junto con las crías para que no se vayan orejanas. (ROSAS, 2009, p. 85)

La demanda de la mano de obra también crecía para estas tareas. Según Amaral, se le pagaba a la mano de obra por tarea para estas ocasiones. (AMARAL, 1989)

La trasquila de las ovejas era realizada en primavera, en “septiembre y octubre, y hasta el 15 de noviembre, y en el otoño se empezará en fines de Febrero hasta todo Abril”. (ROSAS, 2009, p. 79) Rosas advertía sobre el cuidado que debían tener los



trabajadores para la tarea: “Tanto mayor debe ser el cuidado cuanto que justamente los meses de la trasquila lo son de las pariciones”. (ROSAS, 2009, p. 80) Es decir, los tiempos del ciclo productivo coincidían para este caso. Luego, podemos observar que la señalada del ovino podía ser una tarea permanente, salvo la señalada definitiva, que se concentraba a fines de febrero y fines de agosto, cuando “se procederá a señalar lo que haya quedado sin señalar por los pastores y de este modo quedará señalada toda la parición. La otra señalada se hará a fines de Agosto”. (ROSAS, 2009, p. 78)

La doma de potros se concentra entre febrero y abril. William Mc Cann describía la doma del potro de la siguiente manera:

El primer domador fue un muchacho francés muy bien parecido; entró al corral con su lazo, eligió el potro que le pareció mejor y lo enlazó con tanta precisión que dio con el animal en el suelo. Luego le puso el bocado, consistente en una simple tira de cuero que se ajusta bien a la boca del caballo en la quijada y se sostiene con un bozal. Una vez que pusieron el recado al potro, lo hicieron levantar y el jinete montó. Al principio el animal se tuvo quieto, temblando y vacilante, pero en cuanto sintió las espuelas echó a correr precipitadamente por el campo con asombrosa rapidez hasta perderse de vista. No tardó, sin embargo, en volver cubierto de sudor y espuma y en apariencia vencido. (MC CANN, 1985, p. 26)

La misma suerte corrió para otro peón, aunque sorteando exitosamente mayores dificultades:

Tan pronto se sentó en el recado, el caballo se abalanzó con violencia y luego echó a disparar, decidido a librarse del jinete. Estuvo corcoveando por un buen rato, pero el domador se mantenía en la silla con tanta destreza, que caballo y jinete parecían realizar el mito del centauro; al final el potro dio un tremendo salto y cayó al suelo sobre un costado. El domador, que salió ileso, volvió a montarlo; entonces el potro se precipitó en una carrera muy veloz, alternada con brincos espasmódicos, hasta que también terminó por someterse. (MC CANN, 1985, p. 26-27)

Como demuestra Mac Cann, la doma es una tarea compleja, que requiere de un alto grado de calificación y mucha destreza para dominar al animal. Vemos efectivamente que los peones debían ser aptos para este tipo de tareas de campo de una estancia. De nuevo, la doma estipulaba la diferencia entre un caballo apto para las tareas de campo y un caballo redomón ó susceptible de escapar del control de la hacienda. La suerte de la cría, y su valor resultante, dependía fuertemente de la doma.



2.2 Tareas pecuarias permanentes

Conocemos el *aquerenciamiento*, proceso por el cual se procura que el ganado se adapte al espacio de explotación, que durante este período se mantenía sin cercos. El ganado debía pastar durante el día, al cuidado de los pastores, “y antes de la caída del sol, se lo encierra en el corral”, en el plazo de tres a seis meses. (MC CANN, 1985, p. 206) De esta manera, la explotación podía comenzar a sujetar el stock inicial de ganado dentro de la superficie controlada. Esta tarea inicial es, por lo tanto, fundamental. Un ganado recién comprado e inmediatamente perdido ó disperso no podía ser otra cosa que una pérdida potencial. Sobre todo, si no pudo ser marcado. El plazo sería de tres a seis meses, a cargo de tres pastores y ocho rondadores en la primera semana para pasar a ser “dos pastores y dos rondadores” después. (MC CANN, 1985, p. 206) Los peones y esclavos cotidianamente debían “parar rodeo”, es decir, acostumbrarlos a una rutina productiva dentro del espacio, evitando su dispersión “por causa de la sabandija” ó su mestura con ganados ajenos. (ROSAS, 2009, p. 87-88) En el rodeo, los caballos ó vacunos se asentaban por una o dos horas, bajo la tarea de uno o dos peones ó esclavos de a caballo. El mismo proceso debía realizarse para los burros. Esta rutina, pese a no ser estacional, resultaba determinante en la producción de valor. Todos los días –o con una frecuencia mínima de una vez por semana-, debía trasladarse el ganado manso de la estancia a los rodeos –un lugar abierto designado específicamente a tales fines-. Los ganados se adaptaban así a la rutina. Según Mac Cann, una vez en el rodeo, los ganados se separan instintivamente en “puntas”, pequeñas divisiones en rebaños de 50 a 150 animales, compuestos por toros, vacas y terneros. (1985, p. 207)

Rosas señalaba que los ganados “...deben recogerse por la tarde desde octubre hasta febrero y rondarse; desde marzo hasta noviembre, deben recogerse por la mañana y atajarse dos horas”. (2009, 65) Del mismo modo, asignaba un rol fundamental al capataz, quien debía “entrar por entre los rodeos luego que estén parados, para ver si echan menos algo y procurar conocer las haciendas”. (ROSAS, 2009, 65) Es decir, debía tener la más fina interiorización con las manadas con el fin de que no se sustraigan o extravíen animales. Del mismo modo, el capataz debía verificar no sólo los rodeos, sino cualquier ganado que se haya perdido. Al mismo tiempo, debían protegerlo



de los animales que representen un peligro para el ganado y la cría: “tigres, leones, zorros, cimarrones, zorrinos, peludos”. (ROSAS, 2009, p. 66)

Finalmente, la faena era otra tarea cotidiana de la estancia, tanto para carnear y suministrar de alimento a los peones como hemos visto, como para la producción de cueros, una de las mercancías de mayor valor de origen agrario del período. El fray Pedro José Parras describía el acto de la faena en las estancias orientales. (2002, sin numerar) Seis o siete peones tomaban doscientos toros y así el vaquero con un “asta de cuatro varas de argo en cuya punta está una media luna de acero de buen corte” se propone a matarlo en una corrida sobre el ganado. El vaquero debía herir al último toro de la corrida, con ciertas pericias: era preciso lastimarlo en el “corvejón del pie, por sobre el codillo, y luego que el animal se siente herido, cae en tierra”. Luego de hacer lo propio con todos los animales, cada peón “queda a desollar el suyo [...] quintando y estacando los cueros”. (PARRAS, 2002) Rosas también hacía mucho hincapié en la forma de faenar el ganado, destacando el requisito de poseer una pericia técnica para la realización de la tarea:

Debe haber mucho cuidado en el modo de degollar la res, a fin de que el cuero no quede imperfecto. La degolladura de ningún modo se consentirá hacerla atravesada: debe ser a lo largo y medio a medio del pescuezo. (ROSAS, 2009, p. 92)

La misma pericia y conocimientos eran precisos para estaquear cueros, los cuales debían realizarse no de cualquier forma, sino “como he enseñado”. Así Rosas, describía algunas de las tareas propias de la producción de cueros:

Se sacarán de la estaca cuando estén secos y si el lomo está duro, se mojará bien con un trapo por el lado del pelo y luego que esté blando, se doblará y apretará, y estando seco se guardará en la pila. En verano y primavera, cada quince días se sacudirán y en invierno y otoño cada mes. [...] Debe cuidarse de hacerles los recortes de la cola y cogote conforme yo les he enseñado y debe ser. (ROSAS, 2009, p. 94)

Con respecto a los equinos, debía cuidárselos con cierta precaución. Rosas recomendaba “agarrarlos de la cola y hacerles parar de ella, rascarlos con el cuchillo y luego ponerles los cordeles” (2009, p. 94). También aconsejaba enseñarle los nudos de las manos y las patas con sebo derretido y engrasar las colas comidas con grasa de vaca o potro. Por otro lado, a la yegua “orejuela” y a todo animal inservible, debía sacársele el cuero.



Respecto al ovino, diariamente debía realizarse la señalada de “todos cuantos puedan y en todo tiempo, pues nunca hay riesgo de cortarle al cordero la punta de la oreja”, al menos hasta la señalada definitiva. (ROSAS, 2009, p. 77)

Por último, como es sabido, el ganado mular era una cruce entre la yegua madrina y el burro hechor. Allí la incidencia del trabajo humano es fundamental. Para ello era necesario en primera instancia, retarjar a algunos caballos, es decir, realizar una intervención quirúrgica de modo que permanezcan en celo sin que puedan procrear. Según Rosas, dos años después, debía “relajarlos”, es decir, completar la castración. (2009, p. 59) De ese modo, el caballo “retajado” debía poner en celo a la yegua, para que finalmente el burro hechor (especialmente designado para la tarea) copulara con la yegua.

Otras tareas complementarias de la estancia durante el año contemplaban la recomposición de los corrales, la matanza de los animales depredadores, la recolección de leña ó dar “humazo” a los ratones y plagas.

2.3 Valor y trabajo

Muchas de las tareas rurales aquí reseñadas intervenían directamente en la producción de valor. Destacamos entre ellas a la yerra, como fase estacionaria del ciclo ganadero. Del mismo modo, la tarea del “aquerenciamiento” y “parar rodeo”, resultaban también fundamentales, pese a no ser estacionarias. Ello no anula, sin embargo, la diferenciación entre tiempo de trabajo y tiempo de producción para la estancia: como se puede observar, era requerido una contratación exorbitante de mano de obra en ciclos acotados de incorporación del grueso del valor. Las jornadas podían ser largas e intensivas, cubriendo la totalidad del día.

Mientras “parar rodeo” demandaba la tarea de dos ó tres peones por rodeo, la yerra implicaba la labor de doce trabajadores por cada 200 terneros. Su importancia, sin embargo, también era cualitativa. En efecto, dicha tarea sentaba la base de la producción de la mercancía. Como vimos, se trataba de una actividad que posibilitaba la apropiación de ganado de una forma ordenada. Esta modalidad de apropiación y cría refinaba y aumentaba la calidad de la mercancía. De hecho, sin esa marca, el ganado portaba la suspicacia de no proceder de la cría de la estancia, lo cual repercutía en los



Corrales del Abasto que tendía a rechazar los novillos sin dueño. Del mismo modo, podía ser material disputable por otros hacendados, al momento de una recogida.

La castración en invierno poseía la misma importancia: un ganado que creciera incontrolablemente era susceptible de ser perdido y –si se lo podía recoger en última instancia- aminorar así su valor. El mismo abasto reconoce este hecho cuando ofrece sumas mínimas y hasta irrisorias por ventas de ganado alzado. (FLORES, 2014) Algunas tareas estacionarias demandaban menor tiempo de trabajo: la parición, por ejemplo, sólo requería de la vigilancia de los trabajadores rurales.

Es evidente que estamos ante un proceso de producción social, pero con un nivel rudimentario de división técnica del trabajo. Existe una embrionaria diferenciación de tareas por jerarquías (capataz, peones) o por habilidades u oficio (por ejemplo, para la doma de potros o para la yerra, en la que Rosas exigía que sólo un peón aplicara la marca). No obstante, bajo este nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, dichas diferenciaciones técnicas son aún muy iniciales. En líneas generales, cada peón conserva integralmente sus tareas. Y este es un aspecto importante para subrayar. Las Instrucciones de Rosas dejan entrever las habilidades y pericias técnicas que cada peón debía detentar. De eso dependía en buena medida la suerte de la estancia, lo que explica la naturaleza de la fuente: Rosas estaba muy preocupado por el más mínimo detalle del trabajo técnico de los peones de su hacienda y buscaba dar indicaciones precisas sobre tareas que no podía controlar directa y presencialmente.

A diferencia de lo que Marx caracterizó como *régimen de gran industria*, en donde el capital subordina plenamente al trabajo (subsunción real), tendiendo a la descalificación progresiva de la fuerza de trabajo, aquí observamos un sistema de producción de mercancías rurales bajo un tipo de *cooperación simple* entre partes (MARX, 2000), y en la que cada trabajador conserva una porción importante de pericias técnicas. La descripción parece condecirse con uno de los caminos para el desarrollo de la manufactura en Inglaterra, salvando la distancia con el rubro productivo apuntado por Marx:

El operar de un número de obreros relativamente grande, al mismo tiempo, en el mismo espacio (o si se prefiere, en el mismo campo de trabajo), para la producción del mismo tipo de mercancías y bajo el mando del mismo capitalista, constituye histórica y conceptualmente el punto de partida de la producción capitalista. [...] La manufactura puede nacer también por un camino inverso, cuando el mismo capital reúne simultáneamente en el mismo



taller a muchos oficios que ejecutan el mismo trabajo o un trabajo análogo [...] Es un caso de cooperación en su forma más simple. (MARX, 1998, p. 390-391)

Vale agregar, por otra parte, que en un sistema productivo de estas características, los trabajadores rurales poseían un relativo control sobre el ritmo del proceso de trabajo, rasgo comúnmente apuntado por los estudios de sociedades en transición al capitalismo y las industrias protocapitalistas. (THOMPSON, 1979) Por supuesto, este señalamiento debe ser colocado en su debido contexto, sobre todo si atendemos también a otros fragmentos de las Instrucciones de Rosas, en los que el patrón ordenaba cumplir horarios determinados de trabajo, y si consideramos el hecho mismo de la estacionalidad. En efecto, no todas las tareas podían realizarse en cualquier momento del día ni del año. A su vez, el capataz podía officiar de una correa transmisora de los intereses del estanciero. Sin embargo, las condiciones objetivas en las que se desenvolvía el proceso de trabajo propiciaban una mayor autonomía que en un régimen productivo de gran industria, donde el desarrollo tecnológico y la maquinaria imponen sus propios ritmos, incrementando la productividad y disminuyendo los costos de producción de cada mercancía. (SARTELLI, 1995)

En resumen, estamos ante una producción colectiva de mercancías. El capital – presentado en forma embrionaria- incorpora peones a un proceso de trabajo en el marco de una estancia, sin diferenciar demasiado sus tareas. Los peones, a su vez, poseen un relativo control del ritmo del proceso de trabajo y conservan el tipo de pericias necesarias para las tareas pecuarias. Por estas razones, estamos en condiciones de caracterizar un proceso de subsunción formal del trabajo por el capital, propio de periodos de transición.

Por último, ¿eran estas las únicas tareas de una estancia colonial rioplatense? Por supuesto que no. Para esta ocasión, hemos dejado de lado todas las tareas agrícolas (particularmente, la siembra y la siega o cosecha) por querer enfocarnos en el proceso pecuario.³ En lo que sigue, todas las cifras que analizaremos obedecerán a este último rubro de la producción. Sin embargo, como numerosos estudios han puesto de relieve,

³ Para conocer pormenorizadamente las tareas de la producción agrícola y la tecnología vigente, recomendamos revisar los trabajos de Garavaglia, Mayo y Djenderedjian. (GARAVAGLIA, 1999; MAYO, 1995, p. 48-49; DJENDEREDJIAN, 2008). Asimismo, el Manual de Agricultura de Tomás Grigera de 1819 es una buena fuente de consulta. (GRIGERA, 1819) Para recabar la importancia de la agricultura –secundaria en relación a la ganadería-, aunque complementaria, ver también el debate sobre la fuente decimal. (GARAVAGLIA, 1989; AMARAL; GHIO, 1990; AZCUY AMEGHINO, 2002)

las estancias de la campaña tardocolonial poseían una producción diversificada destinada a mercados locales como a la subsistencia de la población de la estancia.⁴ Allí, también se aplica claramente el principio de producción de valor por parte de los productores directos.

3. Resultados y perspectivas para los estudios agrarios

Estos problemas que hemos trazado tienen importantes implicancias para los estudios agrarios: tales son el análisis de la inversión del hacendado colonial y la valorización de los ciclos de trabajo/producción, como la evaluación de la relación entre el trabajo de los peones y el trabajo de los esclavos. Tomaremos por caso, el estudio de la Estancia Los Portugueses, una estancia del sur de Buenos Aires ya estudiada por Garavaglia (1995), ubicada en el Pago de la Magdalena –en la zona que luego conformaría Chascomús- para los primeros años del siglo XIX. Dicha estancia poseía unas 40 mil hectáreas, se especializaba en la venta de ganado en pie para el Abasto de Buenos Aires y contrataba una significativa cantidad de peones, así como poseía un importante plantel de esclavos destinados a las tareas del campo. Veremos a partir de cifras concretas, cómo nuestra apreciación del trabajo como creador de valor, repercute en las cuantificaciones para cada aspecto de la producción pecuaria.

3.1 Inversión y valorización del ganado

Los estudios de las contabilidades de las estancias coloniales fueron comunes en las últimas tres décadas de la historiografía argentina. Para fines de los años '80, Samuel Amaral condensaba en sus trabajos sobre la Estancia de Clemente López Osornio, una imagen de una estancia rentable y orientada racionalmente al mercado. (AMARAL, 1989) Allí se podía entrever la perspectiva liberal que hemos señalado al comienzo: la estancia tardocolonial se definía por su vinculación con el mercado, ajustando factores en la consecución de una ganancia. Amaral estimó de ese modo la

⁴ Habría que apuntar, de todos modos, que sólo pocas estancias –las más grandes- concentraban molindas dentro de sus propiedades. (MAYO, 2004, p. 42) Asimismo, menos de un sexto de las estancias parecen tener horno para cocinar pan. Para 1808, sólo se contabilizan 42 molenderos, de los cuales las 5 más importantes concentran la propiedad del 40% de los molinos. Ello significa que mucha de la mano de obra, debía adquirir el pan –alimento básico de la dieta pampeana- recurriendo continuamente a los mercados locales. (GELMAN, 1998, p. 136)

“tasa de utilidad” como un porcentaje sobre el monto invertido de “capital”, o lo que es lo mismo, una retribución del factor “capital” (inversión). Para ello, primero apuntó que una estimación de dicha tasa debía tomar en cuenta el “capital invertido” inicial y su incremento luego de cada ciclo anual (denominada “utilidad no realizada”). De ese modo, Amaral sugería tomar el valor del primer inventario hallado en la sucesoria sumado a los egresos. Dicha estimación se resumía en:

$(kt - 1) + E$, donde el primer término representa el “valor del inventario del año anterior” y $E =$ egresos

La utilidad neta no realizada se estimaría, por otra parte, como:

Valor de Inventario (kt) – Valor de inventario del año anterior (kt – 1).

Un primer problema que podemos observar a través de estas operaciones, es que para Amaral, “inversión” equivalía a colocar en la producción todo el valor de una estancia (sumado a los egresos). De esta manera, tomaba el valor de una primera tasación (en el caso de Amaral, el inventario de 1786 de la estancia de Clemente López Osornio) como una “inversión” (en Amaral, “monto de inversión inicial”). (AMARAL, 1989, p. 44)⁵ La concepción implícita es que el capital no constituye una relación social, sino un monto de valor que representaría los bienes de “capital”, propiedad del estanciero. Ahora bien, ¿es una tasación un equivalente de “inversión”? La respuesta debe ser a todas luces, negativa. Una “inversión” implica destinar una porción de riqueza para acceder a los principales medios de producción y así organizar el ciclo productivo. En cambio, una tasación resulta una valuación en un contexto determinado, que integra múltiples elementos: a) una cantidad de bienes ya adquiridos (y por lo tanto, con un cierto contenido de degradación), b) una porción de valor ya resultante del proceso mismo de la valorización del capital, como es el ganado, que se reproduce no por la compra de nuevas unidades animales sino por el desarrollo del ciclo productivo mismo y c) elementos que no forman parte necesaria del ciclo productivo, sino que

⁵ Similar operación realiza Julio Djenderendjian al momento de igualar “capital invertido inicialmente” con el valor de un inventario de una estancia entrerriana en 1803, hallado en una sucesoria. (DJENDEREDJIAN, 2003)

constituyen parte del consumo del propietario (ejemplo, un oratorio, un techo refinado de tejas, etc.).

En el rubro del ganado se expresa más que en otros el asunto de la valorización del capital. En efecto, tomando un valor de inventario como inversión, nuestra suposición tácita sería que el estanciero efectivamente desembolsaría la suma correspondiente a cada unidad animal tasada. Sin embargo, el ganado puede ser adquirido por otros mecanismos (desde un permiso para recoger ganado al arrendamiento de un diezmo de cuatropea), así como acrecentado por el mismo ciclo productivo que hemos descrito anteriormente, en donde el trabajo humano aplicado sobre la naturaleza, resulta el principal protagonista, esto es, el único con capacidad creadora de valor. (MARX, 2000)⁶

En definitiva, a partir de los cálculos de Amaral se contribuye a sobrevalorar la inversión del estanciero, posiblemente justificando que la utilidad refiera a una retribución al factor capital. Dicho de otro modo, se reniega del aporte del trabajo humano a la producción de valor. Para observarlo, tomemos un ejemplo concreto. Para la estancia Los Portugueses, poseemos algunas cifras de procreo vacuno en el ciclo 1806-1808. En base a ellas, hemos desarrollado algunos cálculos en el Cuadro 1. Hemos sumado valores “normales” de procreo y marcación (corrigiendo los valores del curador de la estancia, que exageró notablemente los números), y restado valores de ganado extraído, con el fin de calcular el valor no realizado de la estancia. Es decir, todo ganado que se halla en condiciones de adquirir valor en tanto mercancía potencial pero no necesariamente final. Si la estancia produce novillos para el Abasto de Buenos Aires, el ganado no adquiere aún la forma de novillo engordado para los corrales, pero sí posee un valor en tanto ganado de corral en proceso de producción y, por lo tanto, puede ser objeto de compra-venta.

⁶ Es evidente que sólo lo hace bajo ciertas condiciones: no puede reproducirse ganado de forma controlada sin corrales (trabajo muerto). Sin embargo, el trabajo muerto sólo transmite su valor a la mercancía final, no lo incrementa.

Cuadro 1. Valorización del ganado Vacuno (1806-1810)

Año	Stock inicial		Venta		Consumo interno ***		Faena		Extracción		Marca			Valorización			
	Cant.	Ps	Cant.	Ps.	Valor Inv. **	Cant.	Ps.	Cant.	Ps.	Cant.	%	Cant.	Ps.**	% ****	Cant.	Ps.**	%
1806*	12042	11564	972	2108	972	516	516	172	172	1660	14%	2500	1875	21%	840	630	5%
1807	12882	11779	771	1674	771	516	516	172	172	1459	11%	2700	2025	21%	1241	930,75	7%
1808	14123	12345	757	1706	757	516	516	172	172	1445	10%	3000	2250	21%	1555	1166,3	8%
1809	15678	13150	1153	2564	1153	516	516	172	172	1841	12%	3300	2475	21%	1459	1094,3	7%
Totales de valorización para todo el período / Tasa anual promedio															5095	3821,4	7%
Cantidad de ganado / Valor del ganado / Tasa acumulada para el final del período															17137	13784	33%

Fuente: AGN, Sucesiones N° 7777

*Si bien la tasación de 1805 contabiliza 13668 vacunos, hemos descartado aquí los que son especificados como menores de un año, dado que se supone que se encuentran dentro de los que serán marcados en 1806. De ese modo, no los contabilizaremos dos veces. En cuanto a los enviados al Abasto, tomamos las cuentas del ganado vendido a corraleros, que difieren de los números de esta cuenta del curador de 1806-1808.

** El valor de inventario es diferente del valor de venta: el primero es de 8 reales (1 peso) por cabeza, valor corriente para cualquier transacción de ganado. El segundo es el precio del novillo y/o vaca engordada para el corral de la ciudad de Buenos Aires (entre 14 y 25 reales). Los cálculos son realizados según el valor de 1 peso por cabeza. En las columnas de marca y valorización, la unidad marcada se cuenta en 6 reales, pues se trata aún de cría –aunque marcada–.

*** El consumo interno es estimado según las cifras ofrecidas por el administrador para los tres años (1550 vacunos). Se lo ha dividido por los tres años. Del mismo modo, se ha procedido con la faena.

**** Hemos tomado una tasa de 21% para todos los años. Los procreos que contabiliza el administrador resultan cifras milagrosas para las condiciones de la época (pasando cada año el 30%). Según Garavaglia, Amaral y Coni, la tasa de procreo se encontraba entre el 20 y 23% del stock. (AMARAL, 1987, p. 235-278; CONI, 1956, p. 34; GARAVAGLIA, 1995, p. 103)

Para todo el período, el ganado vacuno se valorizó en 2381 pesos, acrecentando el stock para el final del período –es decir, para 1810- a 17317 unidades por 13150 pesos. Supongamos que una primera tasación de la estancia datara del año 1810. En los cálculos de Amaral, dichos 13150 pesos (sumados a algunos egresos eventuales) deberían ser considerados inversión. Sin embargo, observamos que al menos 2381 pesos son resultado inmediato del ciclo de trabajo entre 1806-1809. Y no sólo eso: también podemos observar cómo el stock ganadero fue construyéndose con inversiones que no se sujetan a erogaciones por cabeza. En efecto, en 1784, Antonio Rivero de los Santos – dueño de Los Portugueses- adquiriría la estancia completa en 2200 pesos, representando el ganado un 72% de la tasación original de 1781. (AGN, Sucesiones N° 8143) Si hacemos caso de dicho porcentaje, podríamos calcular que en dicha compra, el rubro ganadero se podría valorar en 1584 pesos (72% de 2200 pesos). Unos años después, en 1787, Antonio Rivero de los Santos arrendó el diezmo de cuatropea por 2400 pesos, adquiriendo con ello, el derecho de percepción de nuevas cabezas de ganado. (AGN, Sala IX, 13-2-3) No podemos descartar que haya organizado alguna otra salida al



“campo” a recoger ganado, apropiándose de algún tipo de ganado cimarrón ó, por qué no, de vacunos de una marca ajena.

Cuadro 2. Inversión Inicial en ganado vacuno			
Cálculos de Amaral	Año	Monto	Fuente
	1810		13150 Precio de tasación*
	1810	Sin registro de erogación en ganado	Libro de Cuentas
	Total		13150
Nuestros cálculos	Año	Monto	Fuente
	1784		1584 Sucesiones
	1786		2400 Diezmos
	Total		3984

Fuente: AGN, Sucesiones N° 7777, 8143 y Sala IX, 13-2-3

*No se realizó una primera tasación en dicho año, pero lo tomamos como un supuesto hipotético. [Ver cuerpo del artículo]

Estos datos nos pueden demostrar que nuestra cifra de inversión inicial para adquirir un stock ganadero probablemente no significaría ni una décima de lo que podríamos estimar con las operaciones utilizadas por Samuel Amaral -de haberse realizado una tasación en 1810-. Cuando una estimación que acude a fuentes concretas de adquisición de ganado suma 3984 pesos para el total del ganado, una estimación como la de Amaral –insistimos, de haberse realizado una primera tasación en 1810- superaría los 13 mil pesos. Y ello únicamente para el ganado vacuno...

3.2 Peso relativo del trabajo asalariado y el trabajo esclavo

Otra repercusión en los estudios agrarios podría centrarse en el estudio del peso relativo de un rubro de la mano de obra sobre el otro. Para observarlo debemos apuntar que aquello que adopta la forma de “estacionalidad” repercute en la forma de producción de valor. Por eso, tomaremos el concepto relegado pero no por ello menos fundamental, apuntado por Marx, quien diferenciaría que en el ciclo productivo agrario podían distinguirse el tiempo de trabajo y el tiempo de producción:

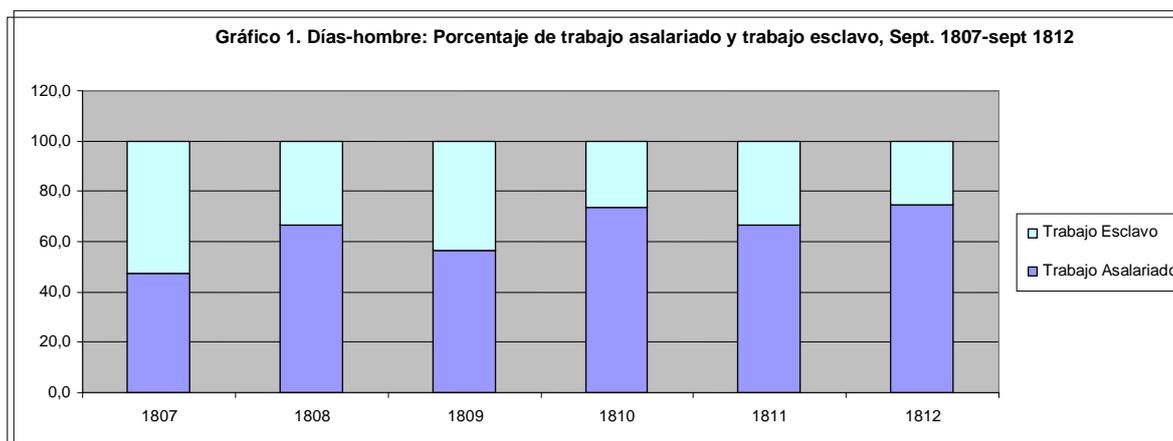
El propio proceso de producción puede provocar interrupciones del proceso laboral y por ende del tiempo de trabajo, intervalos en los cuales se abandona el objeto de trabajo a la acción de procesos físicos, sin agregado ulterior de trabajo humano. En este caso el proceso de producción, y por tanto la función



de los medios de producción, continúa aunque esté interrumpido el proceso laboral y en consecuencia la función de los medios de producción como medios de trabajo. Así ocurre, por ejemplo, con el grano que se ha sembrado, con el vino que fermenta en la bodega, con el material de trabajo de muchas manufacturas, como por ejemplo, el de las curtiembres que queda sujeto a procesos químicos. En estos casos, el tiempo de producción es siempre mayor que el tiempo de trabajo. La diferencia entre ambos consiste en un excedente del tiempo de producción sobre el tiempo de trabajo. Este excedente siempre se basa en que el capital productivo se encuentra de manera latente en la esfera de la producción, sin actuar en el proceso de producción mismo, o bien, en que actúa en el proceso de producción sin encontrarse en el proceso laboral. (MARX, 2009, p. 144-145)

Es decir, mientras el ciclo de producción es la totalidad del proceso de producción de la mercancía final, las tareas rurales contemplan fases que incorporan mayor valor. Mientras producir un novillo apto para el abasto de Buenos Aires podía tomar años enteros como parte del ciclo productivo, algunas tareas fundamentales de la mano de obra en la producción de esta mercancía se concentraba en períodos más acotados.

Tomaremos de nuevo, las cifras de la Estancia Los Portugueses. En su artículo, Juan Carlos Garavaglia estimaba una cantidad aproximada de 12 mil jornadas laborales anuales en 1807-1812, cubiertas en un 63% promedio por peones y un 37% por esclavos. (GARAVAGLIA, 1995) Para ello observamos el Gráfico 1, en el que exponemos el peso de cada rubro en jornadas por cada año:



Fuente: AGN, Sucesiones N° 7777.

Sin embargo, aquí debemos tomar el problema de la estacionalidad en función de la producción de valor. Es decir, debemos diferenciar los momentos en donde se

concentra el grueso de la producción de valor. Por ejemplo, una jornada laboral fuera de estación no equivale necesariamente a una jornada laboral en plena yerra. La segunda concentra mayor producción de valor, tanto por la tarea misma, como por la contratación de mayor peonaje, y por lo tanto, por absorber mayor cantidad de mano de obra.

Así, nosotros hemos confeccionado un cuadro que permite observar la relación entre los dos rubros de la mano de obra, atendiendo a los ciclos de producción y trabajo. Entre marzo y octubre se concentra la estacionalidad para las tareas ganaderas. La mayor cantidad de días hombres comienzan a registrarse en marzo manteniéndose con una tendencia constante hasta octubre. Podemos suponer un alto ingreso de mano de obra para la doma de potros hasta mayo, las pariciones de mayo a septiembre, las castraciones en invierno, acompañado de la yerra desde mediados de dicha estación hasta octubre (preferentemente en la primavera). Como hemos visto, la estancia registraba una marcación de 3000 y 3300 vacunos en 1808 y 1809 respectivamente. Apuntemos también aquel dato que dejamos en el segundo apartado: cada 12 hombres, se podían marcar 200 terneros en un plazo indefinido de tiempo. La estacionalidad queda así tendencialmente marcada, con algunas ligeras variaciones anuales: en 1808, la yerra parece terminarse en octubre, mientras en 1809 –cuya cantidad de días hombre se encuentra bastante por debajo de los niveles del año anterior- parece tender mayormente hacia el fin de la primavera. En 1810, el pico se encuentra en octubre, mientras que en 1811 y 1812, hacia mediados del invierno. Respecto al ciclo agrícola, todas las curvas marcan una baja hacia diciembre que no parece recuperarse en el verano. En efecto, hay menor cantidad de mano de obra contratada, demostrando que, aunque no falta la oferta de 8 a 9 pesos de mensualidad, la producción agrícola no parece tener mayor importancia para los números de la estancia.⁷

⁷ De hecho, la estancia no registra la venta de trigo. El mismo parece ser parte de los negocios personales de Liborio Rivero. (AGN, Sucesiones N° 7777)

Cuadro 3. Trabajo asalariado y trabajo esclavo según ciclos productivos (1808-1812)⁸

Año	Marzo-Octubre				Noviembre-Febrero			
	T. Asalariado		T. Esclavo		T. Asalariado		T. Esclavo	
	Días- Hombre	%	Días- Hombre	%	Días- Hombre	%	Días- Hombre	%
1808	4743	71,41%	1899	28,59%	834	47,11%	936	52,89%
1809	2446	56,29%	1899	43,71%	769	47,82%	839	52,17%
1810	4225	74,10%	1477	25,90%	1601	66,00%	825	34,00%
1811	3080	67,70%	1470	32,30%	1609	69,00%	721	31,00%
1812	4216	76,70%	1281	23,30%	1141	61,28%	721	38,72%

Fuente: AGN, Sucesiones n° 7777.

Entre marzo y octubre, cuando explicamos que se desarrollaba el grueso del proceso productivo ganadero, la mano de obra asalariada supera ó incluso duplica -salvo en 1809, cuando se contrató menores jornaleros- al trabajo esclavo, por encima de la media anual. Dentro de esos períodos del ciclo ganadero, los picos estacionarios (cuando más mano de obra hay en la estancia) son la castración, mitad del invierno, y la yerra, primavera. En cambio, entre noviembre y febrero, cuando se preparaba y desarrollaba la siega -que como vimos, no determinaba la reproducción ampliada de la estancia-, el trabajo asalariado tiende a equipararse con el trabajo esclavo (salvo en 1811, cuando el trabajo asalariado se colocó incluso en niveles mayores a los de marzo-octubre del mismo año). Es decir, aunque se requería de una cantidad adecuada de mano de obra (de hecho, es un período estacional), el ciclo agrícola no resultaba determinante para la producción de valor, de modo de repercutir en la ganancia del hacendado. Por ende, la cantidad de fanegas producidas no debía resultar realmente significativa. De lo

⁸ El cuadro en cuestión parte de algunas correcciones de las estimaciones de Garavaglia. En principio, Garavaglia contabiliza alrededor de 28 mil jornadas laborales totales para los trabajadores libres. Nuestras cuentas, sin embargo, arribaron a una cifra de 24.262 jornadas laborales. Uno de los elementos que Garavaglia no tomó en cuenta es la costumbre del descanso dominical que ya Carlos Mayo ha probado con fuentes cualitativas. Por ejemplo, recordemos uno de los testimonios de un peón rural: “El domingo como es costumbre en el campo que oye misa la peonada de las estancias, se juntan varios en una pulpería adonde pasan rato, beben un trago y se divierten unos con otros”. (MAYO, 2004, p. 128) Nosotros hemos descontado entonces los domingos como jornada productiva, basándonos en los calendarios de 1808-1812. Por otro lado, Garavaglia toma erróneamente doce esclavos. Sin embargo, para la época, la estancia cuenta con nueve en edad productiva, destinados a tareas agrarias, pasando a 7 esclavos en 1810-1812. Asimismo, para poder contar con mayor exactitud las jornadas laborales y el peso relativo de cada rubro de la mano de obra, decidimos descontar los datos para fines de 1807 (septiembre-diciembre), dado que sólo contabiliza aquellos que ingresaron ó salieron en dichos meses, sin dar cuenta de la cantidad de peones que ya estaban allí.

contrario, es probable que la estancia no haya perdido brazos de modo tan marcado en los últimos meses del año.

En efecto, en términos de jornadas laborales creadoras de la mayor porción de valor realizado por la estancia, el trabajo asalariado resultó fundamental, retrayendo aún más la importancia del trabajo esclavo. Trabajo asalariado y esclavo son dos vías productoras de valor en las estancias coloniales. Correctamente analizadas podemos observar cómo se vinculan para la producción de valor, tomando el trabajo asalariado un peso relativo mucho mayor al que hasta ahora le han asignado. En efecto, el problema no se agota en el binomio “trabajo permanente / trabajo estacional”, sino en el proceso de producción de valor de los ciclos anuales de la estancia. Como hemos visto, la ganadería como tarea productora de valor determina el calendario de la estancia y sus estaciones acentúan los ciclos de contratación de mano de obra. Las cuentas basadas en la estimación de los días-hombre de forma precisa para cada año y para cada mes permiten así comprender mejor la incidencia relativa de cada rubro de la mano de obra en el proceso productivo. Mientras Garavaglia realizaba una cuenta general para cada año, concluyendo la importancia reguladora del trabajo esclavo, nuestra cuenta posibilitó comprender que en los ciclos de valorización, la mano de obra asalariada acrecentó su papel como productora de valor.

4. Conclusión

Hasta aquí hemos visto cómo una concepción que pone a la mano de obra (esclava o asalariada) en su lugar constitutiva de productora de valor, nos permite recuperar la verdadera dimensión de la producción social. De este modo, la “mano de obra” se transforma en “productor directo”, es decir, se presenta sin ropajes como aquellos que desarrollan las principales tareas del ciclo productivo, generando un plus-trabajo que adquiere la forma de valor. No hemos calculado su transferencia y apropiación por parte de otros, pero sí hemos observado cómo en los estudios de caso de estancias coloniales (hasta ahora, no discutidos en cuanto a resultados generales), la participación de estos productores directos había sido minimizada. Y ello pudo ser comprobado con cifras en mano, volcando un verdadero ciclo de producción de valor para un período concreto. De este modo, aquello que había sido atribuido a “inversión”



propia del “capital”, es ahora producto mismo del trabajo. También hemos “refinado” los montos de inversión, discriminando la valorización del ganado dentro de esa pretendida inversión, y distinguiéndolos de los valores de tasación.

Hemos también cotejado cómo un basamento metodológico nutrido de la idea de que el trabajo humano produce valor, nos permite arribar a cifras más precisas para evaluar el peso relativo de un rubro de la mano de obra sobre otra. Allí el trabajo asalariado adquiere aún más presencia, ya no como mano de obra de “períodos estacionales” a secas, sino como productora directa de la mayor parte del valor concentrado y generado en la producción pecuaria.

Bibliografía:

AMARAL, Samuel. *Producción y mano de obra rural en Buenos Aires colonial*. Buenos Aires: Editorial Tesis, Instituto Torcuato Di Tella, 1989.

AMARAL, Samuel. Rural production and Labour in Late Colonial Buenos Aires. *Journal of Latin American Studies*, n° 19, 1987, p. 235- 278.

AMARAL, Samuel; GHIO, José María. Diezmos y producción agraria. Buenos Aires, 1750-1800. *Revista de Historia Económica*, n° 3, 1990.

AZCUY AMEGHINO, Eduardo. *La otra historia. Economía, estado y sociedad en el Río de la Plata colonial*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2002.

BÖHM-BAWERK, E. Von. La conclusión del sistema de Marx. In: SWEEZY, Paul (Ed.). *Economía burguesa y economía socialista*. México: Cuaderno de Pasado y presente, 1974.

BROWN, Jonathan. A nineteenth Century Argentine Cattle empire. *Agriculture History*, Florida, v. 52, n. 1, 1978, p. 160-178.

CONI, Emilio. *Historia de las vaquerías del Río de la Plata, 1555-1750*. Buenos Aires: Devenir, 1956.

DJENDEREDJIAN, Julio. ¿Peones o esclavos? Producción rural, tasa de ganancia y alternativas de utilización de la mano de obra en dos grandes estancias del sur del Litoral a fines de la Colonia. In: *Terceras Jornadas de Historia Económica*. Asociación Uruguaya de Historia Económica (AUDHE), Montevideo: AUDHE, 2003.



- DJENDEREDJIAN, Julio. *Historia del capitalismo agrario pampeano IV: La agricultura pampeana en la primera mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- DOBB, Maurice. *Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith: ideología y teoría económica*. México: Siglo XXI, 2004.
- FLORES, Juan Gabriel. Hacendados, Cabildo y “corraleros”. El acceso de los hacendados al abasto de carne a partir del estudio de dos estancias de la campaña sur de Buenos Aires. (1785-1809). *Revistas Sociedades Precapitalistas*, La Plata, v. 1, n. 4. Disponible en: <http://www.sociedadesprecapitalistas.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SPv04n01a05> Acceso el 28 de junio de 2015.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos. Producción cerealera y producción ganadera en la campaña porteña, 1800-1820. In: GARAVAGLIA, Juan Carlos; GELMAN, Jorge. *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra*. Buenos Aires: Biblos-Simón Rodríguez, 1989.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos. Tres estancias del sur bonaerense en un período de 'transición' (1790-1834). In: BJERG, María Mónica; REGUERA, Andrea. *Problemas de Historia agraria. Nuevos debates y perspectivas de investigación*. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1995.
- GARAVAGLIA, Juan Carlos. *Pastores y labradores de Buenos Aires*. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1999.
- GELMAN, Jorge. Sobre esclavos, peones, gauchos y campesinos: el trabajo y los trabajadores en una estancia colonial rioplatense. In: GARAVAGLIA, Juan Carlos; GELMAN, Jorge. *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra*. Buenos Aires: Biblos-Simón Rodríguez, 1989.
- GUERRERO, Diego. *Historia del pensamiento económico heterodoxo*. Buenos Aires: Ediciones Razón y Revolución, 2008.
- GRIGERA, Tomás de. *Manual de agricultura*. 1819. [varias ediciones]
- HALPERIN DONGHI, Tulio. *La formación de la clase terrateniente bonaerense*. Buenos Aires: Prometeo Libros Editorial, 2005.



- HALPERIN DONGHI, Tulio. Una estancia en la campaña de Buenos Aires, 1753-1809. In: FLORESCANO, Enrique (Comp.). *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México: Siglo XXI, 1975.
- MARX, Karl. El tiempo de la circulación. In: *El Capital*, Tomo II, Vol. 4, Buenos Aires: Siglo XXI, 2009.
- MARX, Karl. *El Capital*. México: Siglo XXI, 1998.
- MARX, Karl. *Contribución a la crítica de la economía política*, México: Siglo XXI, 1980.
- MARX, Karl. *La ideología alemana*. México: Vita Nuova, 1939.
- MAYO, Carlos. *Estancia y Sociedad en La Pampa (1740-1820)*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2004.
- MAC CANN, William. [1938] *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Hyspamerica, 1985.
- MENGER, Carl. Marginalismo austríaco y Economía Matemática. Madrid: *Cuadernos económicos de ICE*, n. 29, 1985, p. 55-72.
- PARRAS, Fray José de. *Diario y derrotero de sus viajes (1748-1753)*. España- Río de la Plata- Córdoba – Paraguay. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002. [Edición original: Buenos Aires: Ediciones del Solar, 1943.] Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccc0z5>
- RICARDO, David. *Principios de economía política y tributación*. I. Obras y correspondencia. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- ROSAS, Juan Manuel. *Instrucciones a los mayordomos de estancias*, Buenos Aires: Quadrata, 2009.
- SALVATORE, Ricardo; BROWN, Jonathan, Trade and proletarianization in Late Colonial Banda Oriental: Evidence from the Estancia Las Vacas, 1791-1805. *The Hispanic American Historical Review*, Florida, v. 67, n. 3, 1987, p. 431-459.
- SARTELLI, Eduardo. Del asombro al desencanto: La tecnología rural y los vaivenes de la agricultura pampeana. In: REGUERA, Andrea; BJERG, Mónica (Comp.). *Sin estereotipos ni mitificaciones*. Problemas, métodos y fuentes de la historia agraria. Tandil: IHES, 1995.
- SBARRA, Noel H. *Historia del alambrado en la Argentina*. Buenos Aires: Eudeba Editorial, 1964.



SHAIKH, Anwar. *Valor, acumulación y crisis*. Ensayos de economía política. Buenos Aires: Ediciones Razón y Revolución, 2006.

SMITH, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.

THOMPSON, Edward P. Time, Work-Discipline, and Industrial Capitalism. *Past and Present*, n.º 38, 1967, p. 56-97.

